

cauto, no descarta que son posibles varios futuros y que todo depende de la «superlucha» que han de entablar los agentes sociales. Uno no sabe exactamente si nos encontramos frente a un nuevo retorno de los brujos, frente a un nuevo tipo de prestidigitador o encantador de serpientes, o ante un aceptable ejercicio de preceptiva literaria.

Varias son las lagunas y los lugares oscuros de los trabajos aquí reseñados. Por lo que se refiere al análisis de la crisis —el ineludible punto de partida— hay que decir que es insuficiente cuando no inexistente. Y es que no se puede solventar el problema enumerando algunas de las contradicciones del sistema y aduciendo, acriticamente como hace Racionero, que éstas son objetivamente insuperables. Toffler va a la zaga del español y prácticamente no dice tampoco nada sobre la crisis salvo que ésta ni es de superproducción ni de baja productividad, sino «estructural» (y eso es todo). Por lo que hace al trabajo y a los nuevos procesos o modos de producir que nos aguardan, tanto Racionero como Toffler se mueven entre el exotismo y el panglossismo tecnológicos. En efecto, las nuevas tecnologías, con la telemática a la cabeza, tienen propiedades poco menos que salvíficas y nos han de instalar en el mejor de los mundos posibles. Pero, ¿quién garantiza que las nuevas tecnologías combaten la alienación, la rutina, la monotonía, el trabajo fatigante, etc., a la par que fomentan la creatividad, el ocio, la participación, etc.? ¿Por qué estas nuevas tecnologías no pueden estar diseñadas para obtener precisamente unos efectos contrarios y perfectamente funcionales con el sistema? ¿Quién nos inmuniza contra

un tecnofascismo de faz humana —en el dudoso supuesto que pueda hablarse así—? Por lo demás, y en una sociedad informatizada, ¿quién controla la información y para qué fines? No vaya a suceder que se nos condene a la subalternidad y encima nos sintamos habitantes de un feliz y tecnológico Eldorado.

Si consideramos los trabajos aquí comentados como lo que son, esto es, como panfletos (en el mejor sentido del término) cargados de buenas intenciones y utopismo, hay que concluir que el balance no ha de ser exclusivamente negativo. Unas virtudes —por así decirlo— se deslizan a lo largo de los trabajos en cuestión: la negación del productivismo a ultranza y la reivindicación de un nuevo modo de vivir, producir y consumir en el que una serie de necesidades humanas (salud, educación, paz, calidad de vida, ocio, etc.) ocupan el lugar dominante. El problema, claro está, reside en saber distinguir la realidad de la literatura, la fantasía y la utopía. En cualquier caso, unas gotas de utopía nunca sienta mal, siempre y cuando se sepan administrar. Y es que después de la borrachera utópica suele venir la dura resaca de la realidad.

LAS ARQUITECTURAS DE LA MATERIA POETICA

Miguel Romero Esteo

Rafael Ballesteros.

Jacinto.

(I versión de la primera parte).

Ed. Godoy. 1983.

No soy propenso a ejercer la crítica literaria —más bien nada propenso— ni mucho menos a ejercer de crítico de poesía. Alguna vez, en años ya algo remotos, tuve que hacerlo en razón de oficio ganapán más o menos improvisado, y era un agobio. Entre otras cosas, porque la verdad es que todos los libros de poesía me parecían siempre más o menos un mismo libro repetido tranquilamente hasta la saciedad, y había que hacer juegos malabares de la mente para encontrarles algún asomo de diferenciación escrituraria. Con la obra *Jacinto*, de Rafael Ballesteros, que acabo de leérmela, sucede precisamente todo lo contrario. Abruma de diferenciación escrituraria, y de diferenciaciones cualesquiera, y parece rechazar la indiferencia y la indiferenciación. O dicho en otros términos, se trata de una escritura poética demasiado personal, y que va a ser un trago muy difícil de pasar en este país en el que las personalidades poéticas resultan ser en general más o menos impersonales, más o menos intercambiables a la menor oportunidad. Lo dicho, no me siento a escribir en plan de ejercer la crítica de poesía, para lo cual no me creo muy dotado. Por mi parte, se trata de no más que una modesta aproximación a esta peculiar obra poética de Rafael Ballesteros, que me parece una obra importante. Y que, publicada no hace mucho, parece dormir el sueño de los justos en los anaqueles librereros de las novedades poéticas o literarias. O, al menos, así a mí me lo parece aquí en esta ciudad tranquila y marinera.

Ignoro de qué pueda ir en otras ciudades y anaqueleras. Pero me sospecho que irá de lo mismo. Lo cual me parece lógico y normal. Desde sus

mismos comienzos, la obra poética de Rafael Ballesteros parece venir acompañada del silencio. Incluso de un elocuente silencio por parte de la crítica especializada. Casi de un clamoroso silencio, diría yo. O al menos así en estas tierras andaluzas. Con tal vez alguna breve reseña de oficio en el mejor de los casos. Pero me temo que ni tan siquiera. Lo dicho, me parece lógico y normal. Desde sus comienzos y con terquedad, la escritura poética de Rafael Ballesteros va de vía adelante por un muy personal camino nada transitado. Y ello en mayor o menor medida conlleva el silencio como acompañamiento y compañía. Tal vez su profesional conocimiento de todo tipo de poéticas y literaturas —largos años de catedrático de literatura, y preferentemente de poéticas— le diera pie a saber eludir como trampas los más o menos gregarios neoclasicismos o neovanguardismos que, más o menos epigonales de la generación del 27, vienen estando vigentes en los poetas andaluces de su misma generación coetánea, y no sé si igualmente vigentes en el resto de la mejor poesía española más o menos actual, me sospecho que sí. En suma, tal vez su profesional conocimiento. O tal vez su instinto de poeta nato. Lo cierto es que, en el ámbito de los poetas andaluces al menos, me parece que la obra poética de Rafael Ballesteros debe de originar un algo de desasosiego. Y en otros ámbitos tal vez ya irritación, lisa y llanamente. Pese a su más o menos buena voluntad de pasar desapercibida. Pero ni va de neoclásica, ni va de vanguardista, ni va de noblemente tradicional. Y entonces de qué va. Y dónde colocarla. De otro lado, Rafael Ballesteros es un político en activo al cien por cien, una especie de político

nato. Lo cual evidentemente desestimula bastante a los comentaristas y críticos de la poesía en general, y en particular.

O tal vez les pase lo que a mí. Y es que, hasta no hace mucho, los libros de poemas de Rafael Ballesteros —escasos libros, publicados muy de cuando en cuando, con bastantes años de por medio— me sumían en la perplejidad. Y es que todos tenemos un hábito —un mal hábito— de lectores de poesía más o menos dirigido a la facilonería lectora. Lo cual vale tanto como decir que, desde un sentir en profundidad, el poeta sintonice con nosotros en superficie, y rápidamente. No se nos ocurre que un gran poema lo que exige es precisamente lo contrario, que seamos nosotros los que tratemos de sintonizar con el poema en profundidad. O dicho en otros términos, el buen poema —y mucho más el poema en profundidad— elimina en el poeta la facilonería escrituraria. Y por lo mismo, elimina en el lector la facilonería lectora. O lo que es igual, elimina las facilonas mecánicas psíquicas de la identificación, la gratificación y conocimiento fácil, y demás juegos de espejos en los que en mayor o menor grado el lector ve gratamente y rápidamente reflejada —en lo que lee— su propia identidad, su propia sensibilidad, su propio horizonte de conocimientos e ideas. En realidad, la lectura de un poema facilón resulta un juego más o menos narcisista: cada lector se gusta a sí mismo en el poema, y lo degusta con toda tranquilidad. Lo dicho, psicomecánica simplista, el juego de los espejos. O de los espejos de espejos, en el mejor de los casos. En concreto, lo menos que se puede decir de la escritura poética de Rafael

Ballesteros —terca escritura— es que sabe de qué va la sensibilidad poética en profundidad. Y que él bien sabe de qué va la escritura poética en profundidad. Un gran poema hondo y sentido siempre es de escritura lenta y difícil, y de lectura no menos lenta y dificultosa, lo cual es lógico. Y por lo mismo el querer penetrarlo de una lectura rápida, y en cualquier momento más o menos banal y tontuelo, resulta prácticamente imposible. En fin, la verdad es que a la escritura poética de Rafael Ballesteros —siempre muy adulta, siempre hombruna y compacta— se le ha venido viendo como sólida e impecable. Y de ahí un no sé qué de respeto, por vía de silencio. Y lo dicho, la perplejidad. Que en el caso de esta obra titulada *Jacinto* muy bien pudiera ser ya casi el estupor. O, al menos, en mi caso de lector impenitente de libros de poemas. Pero me parece que la perplejidad es bien explicable: al entrar en un poema de Rafael Ballesteros —me refiero a sus largos poemas compactos— entramos en un universo de signos en el que han sido eliminados los usuales referentes y referenciales siempre más o menos tópicos de la poesía contemporánea. Porque no es que Rafael Ballesteros en cuanto que poeta venga cultivando precisamente el hermetismo, sino que el hermetismo se lo ponemos nosotros al no saber leer sin la ayuda de los tópicos y usuales referentes poéticos. O dicho en otros términos, hay en Rafael Ballesteros una terca voluntad de una muy personal estilística poética que ha ido generando desde su propio juego de escritura sus propios repertorios de estilemas, y sus propios y muy personales repertorios y juegos de referentes y referenciales. O dicho en pocas palabras: es ésta una escri-